

La flor de Natán

Una vez me contaron que los habitantes de un pueblo situado dentro de la comarca del Valle de Guadalhorce vieron nacer una estrella. Áhora es el lugar, entre montañas, en el cual todo sucedió. Una historia inesperada.

Todo comienza la noche antes de Navidad en que Natán cumple ocho años. En casa todos duermen, mientras él, tumbado en la cama y tapado hasta las orejas, observa el cielo a través de la ventana. No permite que cierren su persiana. Todas las noches, imagina increíbles historias que tienen como banda sonora el grave canto de las aves nocturnas.

Esa noche algo llama su atención. Un hilo dorado y resplandeciente conecta el cielo con su jardín. Embobado, no puede articular palabra. Tras unos minutos la conexión desaparece.

A la mañana siguiente el chico va corriendo al cuarto de sus padres:

–¡Papá! ¡Mamá! ¡Despertad! Ya es de día –dice mientras sube a la cama.

–Natán hoy es domingo, no tenemos que levantarnos temprano –alega su madre mientras se da la vuelta acomodándose la almohada.

Natán se mete dentro, debajo de las mantas. El calor de sus padres le invita a acomodarse entre ellos.

– ¡Os tengo que contar algo mágico!

– ¿Y eso? ¿Has vuelto a imaginar una de tus historias?

–No son imaginaciones, ha pasado de verdad papá...

Su padre se gira hacia él. Después su madre.

–Escuchamos campeón.

–Esta noche ha caído algo al jardín desde el cielo. ¡Brillaba! Era como en las películas de ciencia ficción que ve el primo Juan.

– ¿Seguro que no estabas soñando pequeñajo? –pregunta su madre.

–Que no. Es verdad. Esta vez no es un sueño.

–Entonces tendremos que salir para averiguar qué es lo que ha caído, ¿no?

–¡Sí! ¡Vamos ya!

–Nada de eso jovencito. Primero es lo primero, para seguir con tus aventuras debes recargar las baterías. Antes de nada hay que desayunar.

–Jo...

Sus padres se miran y tras contar hasta tres hacen cosquillas a su hijo provocándole movimientos descontrolados y una risa insaciable.

–Natán, feliz cumpleaños –dice la madre tras parar y darle un beso en la mejilla–. Yo pensaba que querías despertarnos por ser al día que es.

–Anda. ¡Mi cumple! Es verdad.

Ahora son sus padres quienes ríen.

–Este niño siempre en sus sueños –suspira el padre. La madre muestra su acuerdo con un movimiento de cabeza.

–¿Vas a hacer la tarta de chocolate con galletas mamá?

–¿Tú qué crees?

–¡Gracias! –exclama abrazándola.

Van a la planta baja a desayunar. Mientras Natán sigue relatando lo que ha visto una y otra vez, su madre prepara el desayuno. El padre coloca los platos que habían dejado secar del día anterior. No intervienen. Dejan que el chico hable hasta que se agote. Están acostumbrados a sus fantasías.

Para desayunar hay rebanadas de pan rústico del pueblo. Tienen tomate restregado, un poco de sal y aceite. La taza de leche calienta las manos del chico, le encanta sostenerla. De vez en cuando la mueve con la cuchara para disolver el azúcar que ha echado. El olor dulzón le recuerda a los dulces que hace su abuela.

–Mamá, ya he terminado. ¿Puedo salir?

–Venga, pero abrígate bien.

Natán sube corriendo a su habitación. Se pone dos pares de calcetines, uno sobre otro, un pantalón grueso y varias camisetas antes de ponerse el chaquetón y las zapatillas de deporte. Por último coge un gorro de lana y los guantes. Están siendo días muy fríos. El sol calienta poco. Está perezoso.

Sale al jardín. Un pequeño brote ha crecido en un terreno que tenían sin plantar. Es celeste con algunas motas grises donde el sol se refleja como si fuera papel de aluminio.

– ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ven rápido! –grita corriendo hacia la ventana de la cocina.

–¿Qué pasa?

–Ha nacido algo. ¡Antes no estaba! Nunca he visto una planta así en el pueblo.

La madre se pone una manta encima de la bata y sale en zapatillas.

–A ver, que pasa.

Cuando la Natán le enseña la planta se queda extrañada. Nunca había visto una planta así en Álor, pero tampoco en ningún otro sitio.

Por la tarde celebran el cumpleaños, antes de la cena familiar de Navidad. Vienen los chicos del pueblo junto a sus padres. Todos observan la extraña planta que empieza a crecer.

Con el tiempo va creciendo. No precisa cuidados, ni siquiera agua.

Un día amaneció con un enorme capullo plateado que no se abrió hasta la Navidad del año siguiente. La flor era brillante, de pétalos finos y puntiagudos, los cuales parecían querer tocar el firmamento. Con el tiempo se fue formando otro capullo en el centro de la que ya estaba abierta, la cual floreció justo al año.

Navidad tras Navidad, cumpleaños tras cumpleaños, una nueva flor se forma sobre las anteriores en dirección a la luna sin que ninguno de sus pétalos se marchite.

Aquel jardín llega a ser un lugar de reunión para los vecinos y allegados. También un lugar peculiar que visitar. Su historia se extiende gracias al boca a boca. Los visitantes que van a disfrutar del pueblo se acercan al jardín con curiosidad para hacer una foto a la flor.

Cada Navidad la familia de Natán pasa junta la noche, después de celebrar el cumpleaños del chico. Esperan el momento en que la nueva “Flor de Natán”, como muchos la han llamado, despierte. Siempre a media noche. Los vecinos se asoman a las ventanas, los que viven más lejos salen haciendo frente al viento helador con tal de ser testigo de aquel hecho anual.

Pasaron los años, y con ellos la novedad. Cada vez son menos los que se reúnen para velar este acontecimiento. Además, con el tiempo, Natán pone en duda sus propios recuerdos. Ya no está seguro de cómo esta extraña planta llegó a formar parte de su vida. Una planta que, sin querer había quedado conectada a su vida como si fuera un habitante más del lugar.

Al cumplir 18 años hace una gran fiesta en la que decide invitar a su familia pero también a sus amigos y vecinos del pueblo. Quería celebrar su mayoría de edad, su inicio a la independencia. Ellos también son su familia aunque la misma sangre no corriera por sus venas. Todos los que le han visto crecer son sus seres queridos.

No falta nadie.

El salón está lleno de gente y alegría. La cocina inundada de mantecados y turrón. Ese año empalmarán el cumpleaños con la cena navideña.

Comienzan las felicitaciones y sale la tarta. Es de galletas con chocolate. Cantan la canción de cumpleaños y sopla las velas. Desea vivir con esta calidez en el corazón toda la vida. Después comienzan los regalos.

Tras la celebración los mayores comienzan a contar sus historias mientras llega la cita nocturna que cerraría la noche. Los más pequeños disfrutaban en la salita cantando villancicos y tocando zambombas y panderetas.

–María, ¿te acuerdas cuando tu niño decía que iba a ser astronauta? –dice José.

–Sí, sí. Te visitó todas las noches de verano hasta que se aprendió las constelaciones. ¡Qué paliza te dio! –exclama riéndose.

Fue el año en que la planta galáctica llegó a su jardín. No podía dejar de pensar en las estrellas y en la luna. Quería visitar el espacio y descubrir lo que había ocurrido.

–¿Y quién dice que haya abandonado mi sueño? –protesta riendo.

Su padre se acerca a la ventana.

–Natán...

–¿Qué pasa?

–La planta, parece que se mueve.

–Pero es pronto para que empiece a florecer –interviene la madre–. Quedan tres horas para las doce de la noche.

–Asómate, corre.

Natán va hacia la ventana. Los invitados hacen lo mismo. No hay viento, pero la planta se mueve. Hace un ligero movimiento en forma de ese.

–Voy a salir –decide el chico.

Coge el abrigo y sale. Detrás de él sus padres y seres queridos.

El capullo empieza a girar lentamente. Sus pétalos inician un suave movimiento que los hace independientes. Esta vez en su interior levita algo similar a una perla de purpurina que comienza a brillar. Tras unos segundos se eleva al cielo a tal velocidad que deja una estela como señal del camino recorrido.

Una nueva estrella brilla.

Durante un tiempo nadie habla. Todos miran perplejos el cielo.

–¿Eso que ha sido? –dice José.

Nadie contesta.

Tras unos minutos un niño de los que cantaban villancicos se aventura a tocar la pandereta que no ha soltado. Otros niños le siguen. Después los adultos.

Natán los mira, celebran el nacimiento del astro. Al igual que él ha madurado, ha ido a buscar su lugar en el firmamento.

Se une al canto.

La estrella le recuerda el nacimiento de Jesús, a los sabios de oriente siguiendo a la estrella. Un milagro que recuerda a otro. Quizás, como los sabios, él debía seguir la estela, un camino, un sueño. Madurar significa crecer de forma integral, pero no dejar de soñar.

Al día siguiente, después de levantarse, Natán baja al salón. Recoge los platos sucios y los envoltorios de los regalos antes de desayunar. Mientras espera a que se caliente la leche se asoma por la ventana de la cocina. La planta se está secando.

Apaga la hornilla y se pone el abrigo encima del pijama. Sale en zapatillas.

La planta se ha tornado gris, los pétalos se han caído al suelo. Su madre sale de casa y se pone a su lado.

–Vaya Natán, lo siento.

–No tienes la culpa mamá –le dice mientras pone su brazo sobre sus hombros. Ahora es más alto que ella.

–Pero sé que ha significado mucho para ti.

–Creo que ya ha cumplido su función.

– ¿Sí? ¿Cual?

–Nos ha enseñado a soñar y a estar juntos como lo que somos, una gran familia.

La madre lo abraza.

–Mamá, es hora de que la quitemos, ya no volverá a florecer. Ahora la veremos por las noches, siempre que las nubes nos lo permita.

Esta es la historia. Fue contándose de generación en generación en cualquier época del año, pero la noche de Navidad era la historia preferida de los niños.

Con el paso de los años la verdad se tornó leyenda. Pero lo cierto es que en Álora, vieron nacer una estrella.